

PREGON FIESTAS PATRONALES de LOS MOLINOS

11 Septiembre 2000

Emilio Criado Herrero

Cuando, como en mi caso, se es una persona sin relevancia pública y recibes la invitación para dar el pregón de las fiestas, la primera reacción que tienes es la de rechazar la propuesta, porque piensas que no tienes nada especial que contar, mas allá que invitar al disfrute, a la alegría y a algún otro tópico sobre el marco incomparable en que tienen lugar dichas fiestas. Pero si la invitación procede de amigos con los que compartiste el banco de la escuela, si has tenido la gran suerte de nacer en el pueblo, de haber vivido sus pequeñas y grandes historias y además no has faltado a sus fiestas a lo largo de mas de cincuenta años, empiezas a rastrear en la memoria y acabas por encontrar algunas ideas que quizás puedan servir y que, lógicamente, tienen que ver con las personas y el entorno del pueblo.

Las vivencias de la infancia en el pueblo, en la década de los cincuenta, estan asociadas a múltiples sensaciones, imagino que en gran parte comunes a todos los chavales de la época: el aprendizaje escolar en la escuela unitaria; los palotes y caligrafía hechos, en muchas ocasiones, a la luz de las velas en la vieja casa de la Sra. Lorenza; la dureza del invierno con los caminos hechos en la nieve para ir a la escuela; algún sabañón que otro, las cataplasmas curalotodo de la buena Sra. Boni. Recuerdo también la diversión que suponían la matanza y su continuidad navideña, el sorteo de los quintos, con los dulces y las hogueras en la plaza; la fiesta de San Sebastián; los primeros encuentros con las vaquillas en los herraderos; el olor a cambroño de las panaderías; la primera subida a La Peñota con poco mas de cinco años. Después venía la primavera deslumbrante, los recorridos por el Pinar con mi tío Carlos para buscar y dar sal a las vacas, el robo de fruta en la Huerta del General, los paseos con mi padre y el añorado arquitecto Luis Rodriguez Quevedo, creador de un estilo propio que se refleja muy bien en este ayuntamiento, en las escuelas, en el nuevo cementerio y en gran número de chalets y casas del pueblo.

Llegaba después el verano, con el trajín continuo de la hierba y los últimos retazos de la trilla. El verano tenía también el aliciente de los chapuzones en el Charco del Cura, mientras se adivinaban los primeros y censurados biquinis en la piscina de Evaristo y, luego, la larga espera hasta las fiestas de septiembre, pues aun no se celebraba la romería del la Virgen del Espino. Para nosotros, las fiestas significaban los encierros y capeas como principal diversión. En aquellos encierros todavía se conducían las reses a caballo desde los Llanos del Cementerio;

deportivo; La agricultura, por su parte, ha sido sustituida por un ejercito de jardineros, que buscan personalizar sus parcelas o terrazas.

Los Molinos se han ido transformando así, desde un viejo pueblo en que paisaje, diversión, trabajo y convivencia eran un todo, a un pueblo residencial, en el que el aprovechamiento del medio natural se ha reducido progresivamente, el paisaje corre el riesgo de reducirse a un mero decorado.

Sin embargo, y a excepción de algunos desaguisados que están en la mente de todos, el crecimiento ha conseguido mantener un equilibrio con el entorno y no ha sufrido las agresivas modificaciones urbanísticas de otros pueblos que nos rodean.

Creo que aún estamos a tiempo de encontrar un equilibrio entre el respeto al paisaje, su uso y disfrute, y la obtención de unas condiciones de vida adecuadas para los nuevos y viejos molineros. Este es uno de los mensajes de fondo que querría transmitir en estas fiestas que cierran el siglo XX y abren el tercer milenio.

Un segundo mensaje sería el de recordar que las relaciones entre el pueblo y sus veraneantes -muchos de ellos ya vecinos de Los Molinos, porque se han afincado aquí- no es una cuestión nueva, que haya surgido en los últimos años. Ni tampoco procede de finales del siglo pasado, cuando la llegada del ferrocarril en 1886, propició los clásicos veraneos de tres meses.

Madrid y Los Molinos, Los Molinos y Madrid, mantienen una relación antigua, larga y compleja desde hace más de quinientos años, relación que arranca casi desde la fundación del pueblo, a finales del siglo XV. El rey Felipe II, que hizo de Madrid la capital de su imperio, proyectó, cercano a la ciudad y a sus cazaderos, el Monasterio del Escorial. Su construcción trajo consigo el mantenimiento de una gran población y obligó a la roturación de nuevas tierras, en busca de pan, lo que llevó a la creación de molinos, aprovechando el caudal del casi recién nacido río Guadarrama.

La que era una pequeña aldea ganadera se convirtió así en una villa, que llegó a tener hasta 10 molinos. Francisco Jaque, Manuel Nevado, Francisco Alvarez, Pedro Robledano, Juan Aparicio son los nombres de algunos de aquellos primitivos molineros

Cuando en el año 1736 un incendio destruye en Madrid el viejo Alcázar de los Austrias, y los Borbones deciden la construcción de un nuevo Palacio Real, Los Molinos se encontrará entre la media docena de pueblos serranos de los que

deportivo; La agricultura, por su parte, ha sido sustituida por un ejercito de jardineros, que buscan personalizar sus parcelas o terrazas.

Los Molinos se han ido transformando así, desde un viejo pueblo en que paisaje, diversión, trabajo y convivencia eran un todo, a un pueblo residencial, en el que el aprovechamiento del medio natural se ha reducido progresivamente, el paisaje corre el riesgo de reducirse a un mero decorado.

Sin embargo, y a excepción de algunos desaguisados que están en la mente de todos, el crecimiento ha conseguido mantener un equilibrio con el entorno y no ha sufrido las agresivas modificaciones urbanísticas de otros pueblos que nos rodean.

Creo que aún estamos a tiempo de encontrar un equilibrio entre el respeto al paisaje, su uso y disfrute, y la obtención de unas condiciones de vida adecuadas para los nuevos y viejos molineros. Este es uno de los mensajes de fondo que querría transmitir en estas fiestas que cierran el siglo XX y abren el tercer milenio.

Un segundo mensaje sería el de recordar que las relaciones entre el pueblo y sus veraneantes -muchos de ellos ya vecinos de Los Molinos, porque se han afincado aquí- no es una cuestión nueva, que haya surgido en los últimos años. Ni tampoco procede de finales del siglo pasado, cuando la llegada del ferrocarril en 1886, propició los clásicos veraneos de tres meses.

Madrid y Los Molinos, Los Molinos y Madrid, mantienen una relación antigua, larga y compleja desde hace más de quinientos años, relación que arranca casi desde la fundación del pueblo, a finales del siglo XV. El rey Felipe II, que hizo de Madrid la capital de su imperio, proyectó, cercano a la ciudad y a sus cazaderos, el Monasterio del Escorial. Su construcción trajo consigo el mantenimiento de una gran población y obligó a la roturación de nuevas tierras, en busca de pan, lo que llevó a la creación de molinos, aprovechando el caudal del casi recién nacido rio Guadarrama.

La que era una pequeña aldea ganadera se convirtió así en una villa, que llegó a tener hasta 10 molinos. Francisco Jaque, Manuel Nevado, Francisco Alvarez, Pedro Robledano, Juan Aparicio son los nombres de algunos de aquellos primitivos molineros

Cuando en el año 1736 un incendio destruye en Madrid el viejo Alcázar de los Austrias, y los Borbones deciden la construcción de un nuevo Palacio Real, Los Molinos se encontrará entre la media docena de pueblos serranos de los que

se obtendrá piedra y madera para su edificación. El remozamiento del edificio de la Iglesia, las obras de la ermita, y el cementerio viejo, son una buena muestra del auge económico que supuso esta actividad para el pueblo.

Posteriormente, el acarreo de leña y de piedras para la construcción y pavimentación de la ciudad, fueron siempre un aporte económico importante para la exigua economía serrana.

Los lentos viajes de los carros de bueyes, que tardaban entre 10 y 15 días en el recorrido de ida y vuelta, fueron durante cientos de años la vía de comunicación más importante con el exterior. A ella se unía el tránsito de caminantes entre ambas Castillas por el puerto de Guadarrama, paraje bien conocido por el Arcipreste de Hita, y el trajín de las comitivas reales camino de La Granja, siguiendo la antigua calzada romana que iba hacia Segovia por el puerto de la Fuenfria.

A finales del siglo XIX la mejora de las comunicaciones, con la construcción de la nueva carretera del Puerto de Navacerrada y la llegada del ferrocarril facilitaron definitivamente la comunicación con Madrid.

Llegado a este punto, conviene hacer alguna mención al origen de la población que ha conformado Los Molinos. Su situación como lugar de paso en la sierra, ha supuesto que hubiese una constante renovación en la procedencia de sus habitantes. En sus orígenes, en medio del enfrentamiento entre Segovia y Madrid por el control de las tierras al sur de la sierra, la población era una mezcla de segovianos, madrileños y, en menor medida, de alcarreños y abileños. Leñadores vascos y navarros trabajaron después en nuestros pinares. La recién implantada Romería de San Benito hunde sus raíces en el periódico trasiego de las cuadrillas de segadores gallegos e incluso portugueses que vinieron aquí a trabajar.

Las obras de construcción del ferrocarril, y el crecimiento urbanístico posterior, favorecieron el asentamiento de esa emigración temporal, duplicando la población. Ésta pasó de las 300 personas -60 familias, número que se mantuvo cuatrocientos años, entre 1450 y 1850-, hasta casi las 800 personas a finales del siglo XIX. El nuevo crecimiento urbanístico, a partir de los años 60, ha multiplicado por tres esa cifra.

Al calor del desarrollo de los últimos años, nuevos acentos, ahora latinoamericanos y magrebies, buscan insertarse en la vida molinera.

¿Quién puede dudar que todos están contribuyendo a configurar lo que será el futuro del pueblo y sus habitantes?. Futuro que, como no, estará condicionado por la relación que se establezca entre esos diversos grupos.

Todo dependerá de nuestra capacidad de integración y de aceptación de la diferencia. Los nuevos molineros tendrán que comprender que el paisaje que les trae aquí no es un decorado, que cada piedra de las cercas, cada pradera y cada fresno cabeceado, han sido fruto de un trabajo duro y continuo de muchas generaciones.

Termino citando dos ejemplos, para mí importantes, reveladores, esperanzadores.

A mediados del pasado mes de agosto recorrí la Sierra con algunos buenos amigos del Hogar del Jubilado, con los que he estado elaborando el mapa del pueblo durante el invierno: Jesús Aparicio, Federico, Mariano Hernandez, Tarito, Carlos Sanchez y Luis Benito; Queríamos completar sobre el terreno los nombres de arroyos, collados, fuentes, prados y caminos. Asimismo, hace escasos días, y esta vez junto a un grupo muy numeroso, en su mayoría de veraneantes, he subido de nuevo a la Peñota. Qué esperanzador es comprobar como, desde experiencias y vicisitudes personales diferentes, existía entre ambos grupos de serranos una profunda sintonía en la sensibilidad por el respeto del entorno, en la curiosidad por la vegetación y los accidentes del terreno, en el gusto por las anécdotas serranas, y la misma alegría en compartir el trago y el bocado.

El otro ejemplo son nuestros encierros, ¿alguien en plena tensión y carrera diferencia a un chichipán de un molinero?, ¿Alguien no ayuda al apurado o reprende al patoso sin hacer distinciones absurdas?.

Si estas actitudes y, en menor medida, mis palabras han valido para ayudar a que se mantengan y profundicen estas coincidencias, no dudo que no sólo estas fiestas sino el futuro del pueblo estarán en buenas manos.

¡Viva Los Molinos, Vivan las Fiestas del Cristo!